

Allá en las alturas

Alimento para el espíritu "El testimonio de Candy, Parte XV"

El sueño de muchos: la imponentia de los Himalayas, el Everest que llama desde sus 8844 metros de altura, la cultura budista que se vuelve cotidiana, monasterios, monjes, tardes de té calentito y conversaciones alrededor del fuego. Así es un recorrido por el valle del Khumbu, hasta el campamento base de la montaña más alta del mundo.

Texto y fotos: Candy Lanusse



Los picos del Everest (el primero a la derecha) Luptse y Nuptse vistos al atardecer desde el Khala Pattar

Viajando en autobús por caminos de montaña.

Un precario autobús que transita por un camino destrozado, un chofer loco y un viento helado, nos depositan en Jiri, donde dormimos antes de emprender la aventura.

Los paisajes irán cambiando, desde bosques de rododendros que en primavera se cubren de orquídeas de todos colores, hasta los paisajes esteparios, casi lunares, de las grandes alturas.

Oxígeno para el alma

Las horas pasan, pensando en tantas cosas y sin pensar en nada. Tomando un chocolate caliente al calor de una estufa de leña. Cocinando una tortilla de papas en el fuego de la casa más humilde de Periche, ennegrecida por el humo constante del fuego, que se mantiene en su hornillo de barro y que se pelea con la leña y las más ecológicas "tortas de bosta de vaca". Jugando con los chiquitos que allí viven, sonriéndole a la abuela, que le da vueltas a su rosario budista repitiendo una oración monótona, con devoción y concentración admirables. Comunicándonos sin

palabras, y siendo, por un instante, parte de esa familia.

Pasamos junto a hombres y mujeres serpas, en su mayoría trabajando la tierra, arreando yak peludos, sintiéndonos como en una pintura de hace cien años. Sonriendo otra vez, al sentir el *namashte* de los chicos, con sus caritas paspadas de frío y sus manitas ennegrecidas sostenidas a la altura del pecho. Dormimos en albergues de madera, donde el agua amanece congelada, disfrutando la soledad maravillosa de ser casi los únicos durante la primera semana de ascenso.

Arriba, otro panorama

En Namche Bazar, a 3500 m de altura, las cosas cambian, los turistas aparecen en grupos numerosos, acompañados de porteadores y guías, que cargan mochilas y alimentos, con agilidad y fuerza insuperables. Aún así, seguir siendo una con el paisaje, contemplando noches de cielos atiborrados

de estrellas, que solas, sin luna, alcanzan para pintar las montañas blancas, inmensas e imponentes, y delinearlas en la negrura profunda del cielo. Sin luces eléctricas. Sin ruido. El silencio. Las estrellas. Y la prisa por volver a la bolsa de dormir antes de quedar congelado para siempre.

Luego de muchos días de subidas exigentes, sintiendo la falta de oxígeno en la respiración forzada y jadeante, y los pasos lentos; sin sensación en las manos, ni en las mejillas, escalamos por fin el Khala Pattar, a 5500 m de altura. Mientras el sol baja y pinta el Everest, el Nuptse y el Luptse de un rojo fuego que se vuelve cada vez más intenso. El viento y el frío, más sentidos que nunca, son nada frente a este momento. Con la última gota de aire, con lo poco que le quedan a las piernas. Llegar a la cima y poder contemplar los Himalayas desde allí. Con las nubes bajas allá en el valle, dándole al paisaje un toque de magia. Haber logrado la meta, alcanzado la cima, superando con creces las expectativas. ■